

Nuestra memoria de lo que está ocurriendo

Nuestra Aparente Rendición

Lolita Bosch

NUESTRA APARENTE RENDICIÓN (NAR) ES una asociación que trabaja por la paz en México dentro y fuera de la red (www.nuestraaparente-rendicion.com). Surgió luego de que mataron a 72 migrantes en Tamaulipas. Aquél suceso —para los activistas, los periodistas, las víctimas y la ciudadanía en general— fue un impacto que inició muchos proyectos. El 27 de agosto de 2010 mandé un correo a 300 intelectuales de México, entre ellos artistas, académicos, intelectuales, periodistas, y sobre todo escritores. El mensaje tenía como asunto “Nuestra Aparente Rendición”, porque parecíamos de verdad rendidos, demasiado atónitos y en él les preguntaba cuántos éramos y qué podíamos hacer.

Pensando en la frase de Blas de Otero, “nos queda la palabra”, en ese momento asumimos una voluntad de ceder nuestra voz pública a quien la necesitaba con urgencia. Y eso desembocó en un proyecto que es como una novela escrita por miles de personas. Juntos creamos lo que Sergio Aguayo ha llamado nuestra “narrativa de guerra”. El objetivo original era guardar memoria escrita de lo que sucedía. Empezaron a responder escritores, periodistas y luego estudiantes y familiares de desaparecidos. El primer escritor que respondió fue Mario Bellatin. El primer periodista, un hombre que quería escribir anónimamente desde Cancún. Y luego escribieron mu-

chísimas más personas, mexicanos y de otros países. Al día siguiente de la masacre abrí el *blog* y colgué el primer *post*, y a los dos meses llevábamos ya cien mil visitas. A los cuatro meses Hillary Clinton me citó para hablar sobre el proyecto; me decía que el Departamento de Estado temía que esto ocurriera al lado de su frontera, lo cual me pareció un motivo poco trascendente y decidí no ir.

Tal como están las cosas en México, hoy la cultura se tiene que hacer cargo de este dolor que está creciendo. Rafael Lemus —que hace *Horizontal*— me decía: “Yo siempre pensé que posicionar la literatura frente a la guerra no nos iba a servir de nada, y la verdad sí nos sirvió”. Cristina Rivera Garza nos escribió que la cultura es un acto de comunidad, y que tenemos que utilizarla: no sólo es una pulsión intelectual, abstracta, creativa, emocionante, pasional, íntima, sino que es útil y muy necesaria. Diego Osorno me decía que él trata de recuperar la humanidad leyendo poesía en medio de masacres y dramas. NAR intenta generar una voz común con todas esas voces y con muchas, muchas otras, que se debilite el grito de espanto que es la guerra. Guardar esa humanidad es algo que ahora la literatura puede —y debe— hacer por México.

El blog se convirtió en portal y ahora somos muy leídos en México. Hasta el momento hemos producido cinco libros electrónicos, entre ellos: *Intervención literaria en la República*, en el cual muchos escritores cuentan cómo se vivía la guerra en sus lugares de origen; otro ejemplo es el del *Mapa latinoamericano de nuestro futuro*, para el que preguntamos a una gran cantidad de escritores de América Latina cómo atravesaron los momentos de violencia extrema en sus países. NAR ofrece, además, un panorama bastante actual de la literatura mexicana vinculada con este dolor, con esta intimidad quebrada. Hay proyectos literarios, gente que trabaja en las prisiones con los sicarios, narradores que dan talleres a los huérfanos. Es un sitio muy consultado por estudiantes de literatura en Estados Unidos, a quienes les interesa abordar lo que está pasando en México. Y trabajamos con muchas otras organizaciones, como Periodistas de a Pie o Hemispheric Institute, que hizo un número especial llamado *Narco Machine*, y muchos otros proyectos culturales, universidades, ONGs, colectivos de periodistas o de activistas se acercan a nosotros para buscar información, y se acaban imbricando de manera muy natural en esta voz común que somos. Esto está dirigido al bien

de todos, queremos genuinamente que la violencia se detenga, que haya paz, y como este deseo honesto es nuestro motor, se ceden y se comparten proyectos fácilmente.

Si alguien quiere escribir en NAR tiene las puertas abiertas. Hay también un ámbito para fotógrafos y moneros. A veces se abre un debate filosófico y social. Porque lo que está ocurriendo es tan grande y tan inabarcable, que o lo convertimos en una conversación común o no hay modo de entenderlo ni de habitarlo. No tienes por qué estar de acuerdo con todo lo que se publica en nuestro sitio; de hecho, no todo tiene que interesarte, pero éste es un lugar en el que podemos detenernos, pensar, hablar, mantener un diálogo lo más humano posible, en medio de esta tragedia.

Es difícil coordinarlo todo. La base está conformada por unas quince personas que trabajamos con otros colectivos relacionados. A veces estamos en lugares distantes, y tardamos años en conocernos, aunque colaboramos todos los días. Pero encontrarnos es increíble, de llorar. Se produce una sensación de hermandad alucinante. Colaboramos de fijo más o menos cien personas, aunque el número va cambiando. Nos hemos convertido en una comunidad de proyectos. No nos damos abasto, todo esto lo hacemos sin un peso, por amor a México y al arte. Le dedicamos toda una gran cantidad de horas al día. Asumimos una finalidad social. Trabajamos con personas de 18 años y de 80. Y sólo tenemos tres pautas básicas: no insultamos, no seguimos las campañas presidenciales y borramos las amenazas o los insultos —aunque tampoco han llegado tantos.

Lo que hemos hecho es ceder la palabra. Los familiares de los desaparecidos nos dicen: “Ustedes son nuestra voz”. Ellos necesitan ser escuchados y nosotros podemos hablar. Buscamos estrategias para que se los lea casi literariamente. De este modo, ellos pueden rearmar sus casos, poner una historia en orden, y hacer lo que hace la literatura, que lenta y dolorosamente puede ir rearmándolo todo. Inventamos proyectos artísticos que generan un lenguaje común, aunque no todos tengamos el mismo nivel cultural, ni los mismos intereses. Y no obstante, el nivel que se manifiesta en NAR es más alto de lo que cabría esperarse.

Uno de los proyectos paralelos es *Menos Días Aquí*, en el que un voluntario o voluntaria cuenta los muertos durante una semana, no sólo como si fueran un número sino como si pudiéramos hablar de ellos más allá de su

muerte. Y todos nos dicen que siempre se quedan con la historia de alguien en la cabeza. Algunos después llegan a conocer a los familiares de esa víctima. Y el encuentro suele ser muy emotivo. ¡Hemos hecho charlas en las que acabamos todos llorando!

Hacemos muchos más proyectos paralelos. Por ejemplo, cuando un grupo de mamás de Juárez hizo una huelga de hambre frente a la Casa Blanca durante 14 días, pedimos a escritoras de todo el mundo que mandaran un mensaje de aliento para acompañarlas y los leímos en un megáfono mientras ellas hacían su huelga. Participaron escritoras de 39 países. Porque yo siempre digo que lo más revolucionario que ha hecho NAR como proyecto es confiar en el otro en medio de lo que está ocurriendo.

Una vez convocamos a artistas de los cuatro puntos cardinales para que hicieran las figuras de dos twitteros que mataron en Tamaulipas y de quienes no hubo manera de saber sus nombres, sólo supimos sus edades: 25 y 28. Y que eran un hombre y una mujer. De modo que hicimos sus cuerpos y los colgamos en los cuatro costados del planeta y una mañana amanecieron en media docena de países que reaccionaron de manera distinta. También hemos convocado a artistas plásticos para pedirles que dejen alguna manifestación frente a los consulados de México. Por ejemplo, hemos mandado a muchos centros culturales del mundo las amenazas a Lydia Cacho (“Te vamos a devolver a tu casa en cachitos, puta”) bordadas en pañuelos en varios idiomas. Luego se los dimos a Lydia y se han expuesto en varios lugares. Porque sabemos que muchas veces el arte logra lo que no consiguen las noticias y por supuesto tampoco los políticos. Es una empatía rabiosamente humana y nosotros apelamos a ella sin ningún fin panfletario, sino para que se entienda lo que hay de humano detrás de todo esto.

Hemos hecho cosas con gente de El Salvador, Guatemala, Colombia, Uruguay, Barcelona, Berlín, Londres y París; con personas desde Marruecos hasta la India. Y por suerte la gente quiere mucho a México, y hay muchos autores que tienen un vínculo literario con nuestro país. Un reporte de la ONU afirma que sólo hay cinco países que todo el mundo sabe dónde están: Estados Unidos, Francia, Brasil, la India y México. Eso nos ha ayudado a contar con colaboraciones muy importantes.

Las noticias son inenarrables. Suceden cosas que nos dejan sin palabras, y sin embargo en NAR tenemos que responder a ellas. Hace tiempo, por

ejemplo, en un camión de Sabritas que estaba en una carretera de Zacatecas, se encontraron tres cerebros desecados, no disecados. Habían matado a tres personas, les habían borrado totalmente su identidad, y habían dejado sólo los cerebros. Lo primero que pensé es: “¿Cómo vamos a contar esto?, ¿Cómo vamos a averiguar quiénes eran?” Para mí fue uno de los momentos más dolorosos e impactantes que he vivido en lo que llevamos de guerra. O, por ejemplo, durante la FIL en Guadalajara había un encuentro paralelo sobre la escritura y la guerra, en la que se abordaba ese tipo de periodismo que trata el tema con voluntad literaria. Y recuerdo una noche que estábamos reunidas unas treinta personas de NAR en una cena; dos días antes habían acuchillado en la Ciudad de México a Norma Andrade, la responsable de Por Nuestras Hijas de Regreso a Casa de Ciudad Juárez; veníamos de una semana muy mermada, muy triste, y aquella noche mataron a don Nepo, que buscaba a su hijo desaparecido. Era una persona con un grandísimo sentido del humor y siempre animaba en las caravanas del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad. Y aquella noche, cuando nos enteramos, llegó una sombra, como si alguien nos hubiera cubierto de oscuridad.

Dirijo NAR desde su inicio. Nací en Cataluña, pero hace 22 años llegué a México; había vivido en Estados Unidos y en la India, y había viajado mucho; soy nómada por naturaleza, y mi familia también. Pero cuando llegué a México tuve la certeza de que yo soy de aquí. Lo primero que pensé la primera vez que me desperté en México, a las 4 de la mañana en un hotel de la Juárez, sin conocer a nadie, fue: “Qué raro no haber nacido aquí”. Entonces me hice mexicana. México es mi casa, mi gente, mi cultura, es mi lugar en el mundo. Viví en México durante diez años, y desde hace más de diez años voy y vengo dos o tres veces al año, y en algunas épocas he estado más tiempo aquí que allá.

La situación en México ha empeorado. No es una percepción, es una certeza. Durante el sexenio de Calderón desaparecía un mexicano cada cinco horas y diez minutos, y con Peña Nieto desaparece un mexicano cada hora y cincuenta y tres minutos. Esto, que es un dato dado por el gobierno de México, lo dice todo. Bajó la violencia en lugares como Ciudad Juárez, lo que significa que en lugar de 23 muertos en una semana hay 18; y es insultante pensar que eso es un éxito. La situación de los derechos humanos en México se está deteriorando de una manera alarmante. Hay una cortina de

humor que hace que sea más difícil percibir lo que está ocurriendo. Hay estados silenciados: Guerrero, Michoacán, Tamaulipas, el Estado de México, Nayarit. Se ha acallado sistemáticamente a víctimas, periodistas y activistas. De hecho, en esta legislatura de Peña Nieto es difícil encontrar a un periodista que esté siguiendo la guerra y no esté amenazado; hoy nuestro trabajo es mucho más difícil que en la legislatura anterior.

En la Ciudad de México la gente sigue diciendo “aquí no llega la violencia”, cuando han habido colgados en Xochimilco y enmaletados en Salto del Agua. Pero como México es tan centralista, vivimos con la sensación de que si algo no está ocurriendo en las ciudades, no está ocurriendo. Y sin embargo, se incrementan los índices de desaparición, trata, extorsión, secuestro, delitos de los cuales ya casi ni nos damos cuenta. Las cifras son de terror: el INEGI reporta, por ejemplo, que uno de cada seis mexicanos menores de quince años ha sido invitado a trabajar en el crimen organizado.

Y nosotros, por el simple hecho de tener acceso a la cultura a un nivel alto, formamos parte de cierto estrato social que está hasta cierto punto blindado, porque tiene acceso al afuera. En el mundo del periodismo la situación es trágica. En NAR contamos a los periodistas y trabajadores de la información asesinados desde el año 2000: llevamos 212. Lo que está ocurriendo es escandaloso. Aquí mataron al hijo de Javier Sicilia y encontraron a los responsables, o entraron a robar a casa de Efraín Bartolomé y el presidente le regaló un reloj. Pero matan hijos e hijas todos los días y entran a robar en casa de miles de personas. La gran mayoría de mexicanos y mexicanas se siente francamente amenazado. La situación está peor, y va a ir peor, pero todo parece indicar que hasta que una comunidad con capacidad para hacer algo sea afectada —como ocurrió en Colombia y en otros lugares donde hubo una elite a la que le afectó directamente— no habrá una reacción internacional que presione al gobierno de México.

Desde su surgimiento, lo más difícil para NAR como organización ha sido enfrentar la tristeza. A veces nos gana el estupor. Los dos primeros años fueron muy tristes. Ahora digo la palabra *guerra* con una naturalidad insólita. Pero no porque le hayamos quitado importancia, sino porque aprendimos a convivir con ella y a mantener una vida, dentro de lo que cabe, normal. Al principio era muy difícil, porque muchas cosas abaten de manera tremenda y siempre da la sensación de que no alcanzas. Y es ver-

dad: no alcanzas. Hace tres años, cuando criticaron a Sicilia por sentarse con los políticos, hice un texto que se tituló *La guerra o el cansancio de los activistas*, diciendo que es muy difícil hacer esto bien todo el tiempo, que tenemos derecho a equivocarnos y que poner el dolor personal al servicio del país es algo encomiable, no un protocolo con medidas exactas a seguir. Además es muy cansado.

Es indignante y da miedo que el gobierno nos impida hacer lo que queremos hacer para ayudar al país. Muchos en NAR hemos recibido amenazas. Y casi ninguno de nosotros las ha hecho públicas porque cada quien responde como mejor le conviene a su intuición y a su instinto de supervivencia. Como colectivo nunca hemos recibido una, lo cual es sorprendente también. Pero esto es peor de lo que imaginábamos, aunque hubiéramos trabajado con gente amenazada durante años. Es muy complicado sentir ese miedo en tu casa, y se torna muy difícil convivir con gente que no lo tiene, porque afortunadamente ellos siguen haciendo su vida. Pero al igual que muchos de mis colegas, hay una gran cantidad de cosas que yo no puedo hacer, y además no sabemos hasta cuándo durará esto. Si alguien te amenaza, no te dice “te amenazo durante los próximos tres meses”, sino que la amenaza permanece de forma indefinida.

He aprendido muchísimo en estos años. Entrevisté al hermano de un chico desaparecido. Se lo iban a llevar a él, cuando tenía 16 años, y su hermano mayor se entregó para que lo dejaran. Cuando lo entrevisté le dije:

—Debes haber aprendido muchas cosas.

—Sí —me respondió.

—¿Qué es el miedo? —le pregunté.

—El miedo es el amor a los demás.

Yo hubiera tenido que pensar durante años desde la academia para llegar a una conclusión así. Y él, Richi, desde los 16 años ya lo sabe. La dignidad de las víctimas —que parece una palabra gastada, pero que es casi sagrada— es deslumbrante. Hacen lo que hay que hacer, y para hacerlo lo primero es perderle el miedo a la palabra. Yo digo las palabras *amor* y *dignidad* en ciertos ámbitos donde antes me habría dado pudor. En realidad lo que veo de los demás es extraordinario. Yo no sabía que el ser humano tenía tanta fuerza, tanta capacidad de amar, tanta resistencia. Y todas estas personas con las que trabajo o a las que he tenido la suerte de poder acercarme, me

dan una lección constante. Estoy absolutamente convencida que es algo que yo no podría haber aprendido de otro modo.

Tenemos la sensación de haber conseguido cosas. Eso crea una especie de inercia. NAR ha generado un universo, una interacción y un espacio de pertenencia para muchas personas. Hace unos días hablaba con la mamá de un desaparecido, que busca a su hijo desde 2011:

—Lolita, necesito parar, no he parado ni un día —me comentó ella, que es una mujer muy combativa.

—Para tres días, vete tres días a caminar, sal en bici, vete a merendar.

—Pero, ¿quién toma el relevo por mí?

—Durante tres días haré lo que estás haciendo para buscar a tu hijo—, le propuse. Pero si no fuera yo, habría miles que hubieran hecho lo mismo.

NAR ha logrado crear un espacio del que la gente se siente parte. Y yo he aprendido que una de las virtudes del arte es que genera un mundo en el que es fácil integrarse. Funciona de manera natural.

En medio de este país desgarrado por la violencia, todos los días veo lo peor y lo mejor de México. Veo y convivo con una dignidad que no conocía, y eso me parece extraordinario. Lo digo con cero condescendencia. Me parece prácticamente sagrado que la gente confíe en mí y en nosotros, a veces hasta un extremo inverosímil. Que la gente nos comparta su fuerza, dolor, esperanza, desesperación... Recibimos cartas que rompen el alma. Leía un reportaje sobre las patronas y las cartas que les tiran los migrantes desde el tren, y pensaba que nosotros también recibimos cosas así. Es asombroso cuando la gente te confía su dolor, o te escriben familiares que te dicen: “Ahora que ustedes han explicado mi caso, me entienden mejor”, o “Desde que ustedes han escrito sobre mí, cuando voy a la delegación me dan una silla para sentarme”.

Puedo relatar el caso de una mamá de Michoacán a la que le han desaparecido cuatro hijos; tenía siete y está buscando a cuatro. Es una señora muy humilde, extremadamente digna, que ha fundado un colectivo que se llama Familiares en Búsqueda María Herrera. Cuando estaban con ella, sus hijos le regalaron en el día de la madre unos aretes que son el único regalo que tiene de los siete, y ella me los regaló a mí. Yo los rechacé, claro. Pero su deseo me pareció deslumbrante. Lo mismo me pasó con el anillo de casada que me quiso dar otra señora. Lo importante es el gesto, esta cosa tan simple

y tan honesta es lo que recibimos a cambio. Nunca había entendido lo que decía Oscar Wilde acerca de que la naturaleza imita al arte, pero esto es lo que nosotros quisiéramos hacer desde NAR; ser capaces de transmitir algo tan verdadero como estos gestos. Dar cuenta de una humanidad en estado vibrante, puro, vivo. Porque seríamos muy tontos si pasamos por alto la capacidad que tienen estas personas de enseñarnos cosas valiosas. Es alucinante lo que saben. Aprender de ellos es inmenso, es como llegar a la verdad, el sueño del arte.

En cuanto al futuro de NAR, estamos desarrollando un proyecto muy grande, que consiste en guardar memoria escrita de los 200 mil desaparecidos de México (mexicanos y migrantes), de todos los muertos, todos los desplazados... los que se pueda. Hay muchísimos casos, pero también somos muchos, y somos muy trabajadores. Hay una gran cantidad de familias que nos escriben para pedir que contemos su caso, y he puesto en práctica una investigación que llevo a cabo en un Doctorado en Filosofía para convertir sus voces en voces literarias. Por ahora publiqué un caso (el de Roy Rivera, desaparecido en Nuevo León en enero de 2011), pero estoy por sacar dos libros más (el de Brenda Rangel, que busca a su hermano Héctor, desaparecido en Coahuila; y el de Dulce Caballero, cuya familia murió asesinada por no pagar extorsión). La letra escrita es la memoria por excelencia. Y guardar escrito todo este dolor, toda esta valentía y todas estas personas que nos han desaparecido a todos, es el proyecto más ambicioso que me he propuesto, y es parte de un esfuerzo para que sigamos sintiéndonos en casa. Por suerte soy de una generación que recuerda otros tiempos en México. De verdad creo que tenemos que recuperar este país. Tenemos que reconciliarnos, que perdonar a muchas personas, y que juzgar a otras. Y siento que sólo lo podremos hacer si sabemos de verdad qué nos ha ocurrido, quién ha muerto, por qué, quién lo mató, qué quería, quién lo solapó. Porque los auténticos narcotraficantes no están en la prensa, sino que son unos empresarios muy ricos que están blanqueando dinero y haciendo negocio con el dolor de todos nosotros. Hasta que eso se entienda, se haga público y de algún modo se detenga, es imposible acabar con esta guerra. Por eso es que tenemos que dejar escrita nuestra memoria de lo que está ocurriendo.